Alejandro Romanov

La leyenda del zar melancólico y el *staretz* de Krasnoretchensk

Silvia Miguens

nowtilus

Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: Alejandro Romanov. La leyenda del zar melancólico y el *staretz* de Krasnoretchensk
Autor: © Silvia Miguens

Copyright de la presente edición © 2011 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9967-259-5
Fecha de publicación: Octubre 2011

Impreso en España
Imprime: Cofás Artes Gráficas
Depósito Legal: M-35113-2011

¡Que el cielo nos permita alguna vez lograr una Rusia libre,
y protegerla de los ataques del despotismo de la tiranía!

Alejandro Romanov

Índice

A modo de prólogo 11

Capítulo I 13

Capítulo II 23

Capítulo III 33

Capítulo IV 39

Capítulo V 55

Capítulo VI 67

Capítulo VII 73

Capítulo VIII 87

Capítulo IX 95

Capítulo X 111

Capítulo XI 127

Capítulo XII 133

Capítulo XIII 141

Capítulo XIV 155

Capítulo XV 165

Capítulo XVI 177

Capítulo XVII 193

Capítulo XVIII 201

Capítulo XIX 209

Capítulo XX 223

Capítulo XXI 233

Capítulo XXII 241

Capítulo XXIII 253

Capítulo XXIV 265

Capítulo XXV 273

Capítulo XXVI 279

Capítulo XXVII 295

Capítulo XXVIII 317

Para redondear 329

A MODO DE PRÓLOGO

Al subir al trono mi padre quiso reformarlo todo. Sus comienzos fueron bastante brillantes, pero lo que vino después no respondió a ellos. Todo fue trastocado al mismo tiempo, lo que no hizo más que acrecentar la confusión, ya demasiado grande, que reinaba en todos los asuntos.

Como militar, pierde casi todo el tiempo en desfiles. En lo demás, no hay continuidad de planes. Se da una orden y tarda un mes en llevarse a cabo. Nadie se da cuenta de las cosas hasta que el mal está hecho.

En fin, para hablar claramente, la felicidad del Estado no cuenta en la dirección de los asuntos. No hay más que un poder absoluto que hace todo a tontas y a locas. Sería imposible enumerar las tonterías cometidas…

Mi pobre patria está en un estado indescriptible: el agricultor resentido, el comercio modesto, la libertad y el bienestar personal aniquilados. Ese es el cuadro que presenta Rusia. Imaginad cómo debe sufrir mi corazón.

Yo mismo, ocupado en minucias militares —perdiendo el tiempo en deberes de oficial subalterno— sin un instante siquiera para dedicar a mis estudios que eran mi ocupación favorita antes del cambio, me he convertido en el ser más desdichado.

Todos conocen mi antiguo propósito de expatriarme. En estos momentos ya no veo el modo de ponerlo en práctica, pero la situación desgraciada de mi patria marca otro rumbo a mis ideas. He pensado que si alguna vez me tocara el turno de reinar, en vez de expatriarme, haría mucho mejor en trabajar por la libertad de mi país y evitar así que en el futuro pudiera servir de juguete a algún insensato.

He hecho mil reflexiones al respecto que me han demostrado que ese sería el mejor tipo de revolución, operada por un poder legal y que dejaría de serlo en cuanto estuviese terminada la constitución y la nación tuviese sus representantes.

Esa es mi idea. La he comunicado a personas inteligentes que, por su parte, hace tiempo que pensaban lo mismo. En total somos cuatro: el señor Novolséltsev, el conde Stróganov, el joven príncipe Czartoryski —mi ayuda de campo, joven como hay pocos— y yo. Cuando llegue mi turno habremos de trabajar sin precipitarnos para lograr una representación de la nación que, dirigida, logre una constitución libre, después de la cual cesará absolutamente mi poder, y si la Providencia secunda mi trabajo, me retiraré a algún rincón y viviré contento y dichoso viendo la felicidad de mi patria y gozando de ella.

¡Que el cielo nos permita alguna vez lograr una Rusia libre y protegerla de los ataques del despotismo de la tiranía!

Alejandro Romanov

I

Todos conocen mi antiguo propósito de expatriarme.
En estos momentos, no veo el modo de ponerlo en práctica,
pero la situación desgraciada de mi patria
marca otro rumbo a mis ideas.

Alejandro Romanov

Cuando supo que nada podría hacer para conservar el «deber ser», tomó la decisión de sólo ser. Las opciones no eran muchas, o aceptaba caer bajo la estocada del crimen organizado y la traición, como les había sucedido a su padre y a su abuelo, o se daba por muerto. Pero morir no estaba en sus planes y terminó dándose por muerto. Asistir a los fastos de las propias exequias y observar de qué manera se empieza a acomodar el mundo a nuestra ausencia, no es una experiencia a desestimar. ¿Por qué habría de resignarse a no ver el mar nunca más, a no poder alcanzar libremente cada orilla del mar de Azov o cualquier otro de los que baña las costas de su reino, el mundo? ¿Por qué no poder amar nunca más? ¿Por qué aceptar el nunca más de todo, por lo menos de todo lo terrenal?

Las amenazas y las intrigas eran muchas. Una vez más, el miedo le escindía el corazón con su daga, pero en esa ocasión no logró impedirle entrever la salida: una vez que hubiese dado muerte y sepultura al zar Alejandro Pávlovich Romanov, el mundo, el verdadero, se abriría definitivamente a sus pies: las campanas de Kazán volverían a tronar por el jacobino monsieur Alejandro.

Así lo había llamado la gran Catalina Romanov, cuando ella era aún la gran zarina de todas las Rusias y él, Alejandro Romanov, su primer nieto. Apenas le fue puesto en sus brazos, Catalina aseveró: «Monsieur Alejandro se convertirá en un personaje excelentísimo —sin dejar de puntualizar— siempre que sus padres no estorben sus progresos». Una vez más, Catalina no se equivocaba en su premonición, y no porque fuera una iluminada o hechicera, aunque tal vez lo fue, sino que se sabía poseedora de un amor tan entrañable y obstinado como para moldear a su primer nieto y favorito a su propia imagen y semejanza.

Según Catalina la Grande, Alejandro debería sucederla pasándose por alto el protocolo real, o sea pasando por alto a Pablo I, padre de Alejandro, que en realidad no era el primer nieto de Catalina, pero sí el primer hijo de los duques reales: Pablo Romanov y María Fiódorovna. El segundo matrimonio de Pablo se le propició para devolverle la alegría al príncipe Pablo, pues su primera esposa Natalia había muerto y con ella su hijito recién nacido. Claro que recuperar la alegría del futuro zar Pablo no era el único móvil de aquella unión. La principal inquietud era unir las casas reales de Prusia y Rusia, ya que la princesa Fiódorovna en realidad era la princesa Sofía Dorotea de Württemberg, presentada especialmente por el príncipe Enrique en nombre de su hermano el rey Federico II de Prusia.

Ambos deseos fueron cumplidos. Prusia y Rusia fueron una y Pablo declaró a su madre: «Confieso que me he encaprichado con esta encantadora princesa, realmente encaprichado. Es exactamente como uno la querría… María Fiódorovna sabe no sólo disipar mis melancolías sino, incluso, devolverme el buen humor, perdido durante estos tres años infortunados». Y como consecuencia de aquel desenfrenado amor imperial, nueve meses más tarde, el 12 de diciembre de 1777, nació el primer hijo, el gran Alejandro I.

Su abuela, Catalina la Grande, se ocupó de hacer del pequeño príncipe un hombre capaz de ejercer las funciones de zar. Como si no bastara con su sola influencia, Catalina delegó parte de esa minuciosa obra al maestro Laharpe. Según ambos, el príncipe debía estar en buena forma, en muy buena forma, para confrontar y resistir los inminentes cambios de la historia, cambios con los que Catalina sabía que los Romanov deberían lidiar hasta el último día.

Recordando a su abuela, Alejandro sin duda hubo de reconocer que si hubiera acatado en su totalidad sus consejos, tal vez Pablo, su padre, no hubiera sido asesinado; decía también que era una pena que Pablo no se hubiera decidido a abdicar a su favor, como el rey Carlos abdicó a favor de su hijo Fernando VII.

Catalina ilustró a su nieto acorde a su propio sentir y destreza en el arte de sobrevivir entre extranjeros, aun dentro del seno de la familia, sin dejar nunca de lado la diplomacia. Lo preparó para la guerra y la paz, para la vida, con esa fuerza de los amores absolutos que todo lo dan y todo lo exigen. Por aquellos días de 1825, de estar viva, Catalina Romanov hubiera luchado a muerte para impedir el asesinato de Alejandro. Quién mejor que Alejandro para saberlo, cómo no seguir en aquel momento los deseos y el espíritu de su abuela.

Así las cosas, en 1825, corriendo el mes de noviembre y dando muy pocas explicaciones a familia y asesores, Alejandro Romanov salió de Moscú. Emprendió el viaje a Crimea en vísperas de una revolución anunciada, pues le habían llegado rumores de que estallaría en el mes de diciembre una revuelta para quitar de en medio al zar Alejandro I.

No podía perder tiempo. Se fue de inmediato. La idea le crecía vertiginosamente. Una vez más tuvo miedo, un miedo nuevo y concreto que no dio lugar a duda. Sabía qué buscaba y eran los tiempos propicios, sólo faltaba pensar cómo llevarlo a cabo. La idea fue creciendo en el viaje y tomó visos de realidad cuando llegó a su destino. Estaba en el lugar preciso, nada menos que en Crimea, lugar con el que tanto había soñado en aquellos bucólicos días de la infancia, al amparo y capricho de Catalina, la «madrecita de todos los rusos».

Catalina había negado siempre que sus nietos Constantino y Alejandro hubieran participado del viaje y los festejos que en su honor había ofrecido Gregorio Potemkin en Crimea. Sin embargo, Alejandro guardaba escenas absolutamente claras de aquel viaje y del palacio de Taganrog. Según sus relatos, ella misma se creyó, o se supo, protagonista de un cuento de *Las mil y una noches*. Alejandro nunca dudó de que Catalina, por lo menos para él, era una especie de Scherezade.

En cuanto a lo del viaje a Crimea, sus padres Pablo y María Fiódorovna no dieron su consentimiento para que sus hijos viajaran con la zarina. Ni siquiera aceptaron cuando se ofrecieron a acompañarlos su guía el maestro Laharpe y el leal Mamonov, que por esos días era el favorito más cercano a la zarina, gran amigo de Laharpe y gran compañero de juego de los niños. En realidad, al decir de la abuela, los padres de Alejandro o «la secundería» como les llamaba, se oponían porque no habían sido invitados por Gregorio Potemkin, que por aquel entonces ya no era el favorito de Catalina sino algo así como un zar en Crimea, hacedor absoluto del palacio en el que reinaba, rodeado del pequeño harén que conformaban sus sobrinas carnales. Catalina sostuvo siempre ante todos que no había realizado con sus nietos aquel viaje, pero quién sabe… Tan claros fueron los relatos y las consecuencias de los días en Taganrog que Alejandro nunca pudo convencerse de no haber estado ahí, con la zarina y toda su corte de adulones, empezando por Potemkin, que no perdía las mañas a pesar de no ser el favorito de Catalina, por lo menos no el único ni el oficial. Sin embargo, Catalina, a los ojos de todos, continuaba hablándole como si lo fuese: «Padrecito príncipe, ten la certeza de que mi amistad hacia ti es igual a tu adhesión a mi persona, un sentimiento que a mis ojos tiene inestimable valor».

«No se puede vivir con él ni sin él», solía decir Catalina a Alejandro. «No se puede vivir con ella ni sin ella», consideraba por su parte Potemkin. Una vez que Gregorio Potemkin puso punto final a la suntuosa construcción del palacio de Taganrog, arrogándose el título de amo y señor de Crimea, organizó aquel viaje para que su amada Catalina Romanov pudiese comprobar *in situ* todo lo que su Padrecito príncipe era capaz de hacer, aun cuando durante esos años tanto el uno como la otra habían establecido la distancia como modo de preservar su gran y curioso amor, en el que nada contaban sus respectivos amantes y amoríos. Poco y nada consideraban la fidelidad, concepto no muy común por esos días, también en el entorno general de Alejandro donde la verdadera lucha fue siempre por mantener los códigos de lealtad.

—Interesante invitación la de Potemkin —el maestro Laharpe había sugerido cuando llegó la noticia a Moscú por aquellos tiempos de la infancia del zar Alejandro…

—Quién sabe si el Gran Duque Pablo consentirá —sugirió la princesa Dagachov y Catalina la interrumpió de inmediato:

—Ya verán, será maravilloso; podremos llevar a los niños, será un viaje soñado.

—¿Su Majestad cree que el Gran Duque dará su consentimiento? —interrumpió Laharpe.

—El Gran Duque querrá lo mejor para monsieur Alejandro y para Constantino —insistió Mamonov.

—Ojalá así sea —acotó Ségur, y por lo bajo murmuró al oído de Laharpe— jamás, o al menos difícilmente, porque nunca he visto un hombre más temeroso y egoísta que Pablo Romanov...

—Le ruego, embajador, que no nos deje fuera de la conversación —demandó Catalina.

—Su Majestad, comentaba algo personal que me avergüenza decir en voz alta —se justificó Ségur.

—Por favor, Ana, sirve un brandi al embajador que algo personal le sucede…

—Agradezco la atención, Su Majestad —dijo Ségur al tiempo que acercaba el vaso a Ana Narýshkina, consejera de la zarina.

—Es un viaje extremadamente largo para cargar con niños —sugirió alguien cuya voz se perdió en aquel ir y venir de los invitados.

Pero Ségur continuó murmurando al oído de Laharpe:

—Pablo es incapaz de forjar la felicidad del prójimo ni la propia. Sólo la historia de los zares destronados o inmolados le preocupa y alimenta su miedo enfermizo por las sombras...

—¿Otra vez el malestar, embajador? —había preguntado Catalina y Ségur no pudo más que reír.

—Querida zarina, no he dicho nada más que la verdad, y nada de Su Majestad.

—Embajador Ségur, no hay nada que yo misma no haya considerado de mi hijo…

—Sabrá disculpar la imprudencia.

—Debemos convencer al Gran Duque. Hace tiempo que no intercambiamos siquiera una esquela. Creo que está un poco molesto...

—En realidad, su molestia es conmigo porque Su Majestad me ha comisionado para educar a sus hijos y bien sabe que no compartimos ideas ni ideologías —dijo el maestro Laharpe acercándose a nosotros dos.

—Se lo pediremos por carta —había sugerido Mamonov.

—Creo que Pablo se ha resentido porque no han sido invitados él ni la duquesa María Fiódorovna.

—De todos modos están tan ocupados con sus propios viajes y son tantos sus hijos que no tienen por qué enterarse… —volvió a oírse esa voz empeñada en no darse a conocer entre los invitados.

Más allá de cualquier decisión, al día siguiente la zarina y Ségur redactaban la carta a Pablo. Constantino y Alejandro presenciaban la escena y alcanzaron a escuchar las consideraciones de la abuela Catalina:

> *Vuestros hijos son vuestros, son míos, son del Estado. Para mí ha sido un deber y un placer dispensarles los cuidados más tiernos desde la primera infancia… Y he pensado lo siguiente: para mí será un consuelo, cuando me alejo de vosotros, tener a los niños cerca de mí. De cinco, tres quedarán con vosotros. De modo que sólo no tendré que verme privada, en mi ancianidad y durante seis meses, del placer de tener conmigo a un miembro de mi familia.*

Casi cincuenta años más tarde, a punto de empezar el mes de diciembre de 1825, recordaba aquel viaje a Crimea, también llevado a cabo un mes de diciembre… Todo viaje resultaba un momento feliz igual a los preparativos de una fiesta. Los baúles, la elección de la ropa, las joyas, los libros, las comidas, la zarina mandó emisarios con las invitaciones de honor: a José II; al príncipe de Ligne; al embajador de Inglaterra, sir Fritz Herber; al de Austria, el conde de Cobenzl. Las damas de honor que pululaban por palacio cuchicheaban como las lavanderas; igual que los funcionarios y altos mandatarios del gobierno ruso. Todos eran movilizados para ir al encuentro del príncipe Gregorio Alejandro Potemkin, amo y señor de Crimea.

A pesar de la prohibición, Constantino y Alejandro se divertían durante los preparativos. El primer día de Año Nuevo de 1787, marchaban en vehículos que más que trineos eran peque-

ños palacios sobre patines. Catorce trineos en caravana atravesando la nieve caída durante la Nochevieja y custodiados todos por cientos de trineos pequeños. Abrigados y alegres a fuerza de té y licores se abrían paso entre la nieve y el bosque. Potemkin, en previsión de las paradas intermedias, había mandado encender cientos de fogatas a la vera del camino, que apagaban ni bien la caravana ponía distancia. También había organizado campamentos, para que los viajeros pudiesen alternar en torno al calor de los samovares. En las posadas eran recibidos con toda pompa. Dentro del trineo real, además de Catalina se trasladaban Ana Narichkin, el Traje Rojo, Ségur, la condesa Bruce y Laharpe. Jugaban a las adivinanzas, recitaban, contaban historias cómicas y de buena gana, reían por todo, hasta de verse en esos cuartos como cajas, tapizados de brocados y terciopelos.

Durante años, Laharpe y Catalina, recordaron a los príncipes Constantino y Alejandro lo acontecido durante aquellas cuatrocientas leguas de nieve hasta llegar a Kiev. Alejandro nunca olvidó los comentarios y el deslumbramiento de Catalina. Lo había recordado y contado tantas veces y con tal fidelidad a los hechos, según ella, que Alejandro nunca dudó de haber estado en mitad de esa corte conformada por príncipes altivos, mercaderes de largas vestiduras y barbas profusas; oficiales de todas las armas y colores de chaqueta, hasta los cosacos del Don que, según Laharpe, habían sido súbditos del tal Pugachov que con su rebelión pretendió ocupar el trono haciéndose pasar por el marido de Catalina, el zar Pedro, que había sido asesinado hacía diez años. Tampoco quedaron fuera del viaje ninguna de las hermosas mujeres de la corte de Catalina. Todos supeditados a la voluntad del paseo pergeñado por Potemkin en homenaje a la zarina que, no obstante al cumplir los cincuenta años, en ciertos momentos, alardeaba aún de la mirada ingenua y lapidaria de niña con que lo juzgaba todo como si aún perteneciera a ese otro país de la infancia, tan ajeno a la corte rusa. Pero nada de esto sabían o imaginaban los súbditos que encendían fuegos de bienvenida al paso de los trineos, ofreciendo los saludos pertinentes y regalos de los representantes de las tribus de kirguises y hasta de los salvajes calmucos convertidos, por entonces, en dóciles mascotas domesticadas.

Cómo podría convencerse de no haber estado ahí, se decía años más tarde alejándose de Taganrog. Nada era como aquellos días, ni siquiera en los recurrentes sueños con escenas del pasado. Recordaba el viaje hasta con aromas, los juegos en la nieve, las risas ardientes por el vodka de los acompañantes de Catalina, mientras los niños, un tanto adormecidos, se arrebujaban entre los grandes, atentos a sus bromas y comentarios. Lo recordaba como si lo estuviese contemplando en un libro con estampas. Los colores y los aromas del pasado regresan a cada rato y no perdería ningún recuerdo ante la prepotencia del presente ni del futuro.

Envuelto por el abrigo de esos recuerdos salió a cabalgar alejándose cada día un poquito más, pero sólo del presente. Quién sabe qué deparaba para él su destino en un futuro inmediato. Lo cierto es que transcurridos esos primeros días en Crimea, entre reuniones y debates, un atardecer logró librarse de la guardia. Escapó en su corcel. Primero al paso y conforme avanzaban los kilómetros, al trote ligero y alado. Antes de irse fue necesario mostrar a sus hombres cierta tolerancia, los indujo a ir a la taberna donde les esperaban los favores de las muchachas, y les recordó que las mayores amenazas habían quedado en San Petersburgo. Era momento de festejar, de modo que, dejándolos a su aire y tomándose por asalto sus propios aires, salía a cabalgar. Dos o tres días les hizo aquel juego, hasta que los soldados de la Guardia Real se acostumbraron a esas breves escapadas del zar. Cierto día les anunció que la cabalgata podría ser un poco más prolongada y junto al mar. Los hombres aceptaron sin reclamos, en realidad, tal vez no le prestaron mucha atención o la inquietud de emprender el largo viaje lo mantuvo poco atento a recomendaciones o advertencias.

Llevaba un rato cabalgando junto al mar, cuando vislumbró un grupo de gentes en corrillo. Seguramente —se dijo— sería un animal muerto o algún ahogado caído de una embarcación. Se acercó al grupo y la sorpresa le resultó bastante propicia. Se trataba de un hombre con el rostro ennegrecido y deformado, probable presa del paludismo. Otros murmuraban que podría ser una víctima de la peste negra, sin dejar de lado los comentarios acerca de otros males del que poco o nada se sabía. Nadie lo conocía ni reconocía. Aunque parecía haberse arrastrado por varios días hasta llegar a esa costa del mar de Azov, pues la ropa